

Akila puyé

Amaya Ortega



Capítulo 1

Los árboles comenzaban a desdibujarse a medida que la luz desaparecía. Los ruidos se hacían más nítidos y cercanos, provenientes de un histérico brote de turbas de campesinos enfurecidos, con antorchas y tridentes, que se acercaban a la ahora perseguida Akila Puyé, mientras atravesaban el frondoso bosque de Puckley Baciú para darle caza en la oscura noche mientras dormía.

Por suerte, Akila fue avisada por una hermana de la congregación, Elisabeth Sawyer, que acudió a toda prisa hasta su casa para prevenirla, con la esperanza de hacer entrar en razón a la testaruda Akila, que de no huir, sería acusada de brujería.

Ella, sabía perfectamente lo que aquello significaba, pues se veían diariamente mujeres sentenciadas a morir en la hoguera o ahorcadas. Hermanas suyas y no tan hermanas, todas culpables de un delito nacido del miedo y la ignorancia, donde por ley, se exterminaban cantidades impresionantes de mujeres sabias de manera sistemática. Mujeres inocentes, que previamente afirmaban cualquier acusación tras haber sido cruelmente torturadas, siendo muchas de éstas, culpables de ser algo que sus mentes no pueden siquiera comenzara comprender.

Akila no temía aquella histeria colectiva, que envenenaba a sus vecinos enloquecidos con una enorme sed de sangre. No obstante, no dudó en proteger a su hijo, Aleyster, alejándose de su hogar rápidamente, dejando atrás sus pertenencias y todo cuánto conocía, para huir con él en la fría y oscura noche.

Mientras corrían, la lluvia comenzó a caer con fuerza, alcanzándolos desprevenidos. Empapados y aletargados por el frío, dejaron de ver las antorchas encendidas a lo lejos, perdiendo de vista a sus perseguidores, aunque continuaban escuchando los gritos enfurecidos y los ladridos de los perros de caza.

Al llegar al corazón del profundo y sombrío bosque, Akila se paró para abrazar por última vez a su pequeño hijo. Con su alma estremecida y rota por lo que debía hacer a continuación, le explicó al pequeño Aleyster que debía quedarse dentro de la cueva que tenían frente a ellos, quieto, haciéndole entender entre sollozos y lágrimas, que debía ser valiente y fuerte, dejándole claro que bajo ninguna circunstancia debía salir de aquel sitio. Akila sacó un pequeño saco de sal gorda para hacer un círculo de protección a la cueva donde se encontraba el pequeño Aleyster y se alejó,

abandonándolo a su suerte.

La lluvia que caía del turbulento cielo cesó y una densa niebla atravesó el umbrífero bosque que hacían el paso aún más tenebroso y amenazador. Akila apenas podía ver nada y de usar su magia darían rápidamente con su paradero. Ya no podía continuar corriendo, pero sabía que la turba tampoco y ella llevaba atravesando ese bosque desde que tenía uso de razón, hecho que le podía llevar a retomar algo de ventaja, pues había perdido bastante tiempo en despedirse de su adorado hijo, haciendo que los campesinos le tomaran delantera y le pisaran los talones.

Tras un rato y por algún motivo, los perros y los campesinos dejaron de seguir su reciente rastro y fueron dirección a la cueva donde permanecía escondido el pequeño Aleyster. Akila no podía permitir que le encontraran, pues le había dado la vida bajo su propio techo, siendo madre soltera y lo había mantenido oculto durante estos años, protegido del mundo y de la epidemia de odio que desolaban los pueblos cercanos en los que ella trabajaba.

A pocos metros de la entrada, Akila le echó el coraje y valor necesarios para entregarse ante aquellos salvajes sedientos de sangre. Salió de detrás de un árbol, un enorme y viejo roble, con las manos en alto suplicando por su vida mientras se ponía frente a ellos, de rodillas.

Por un instante nadie hizo nada, pero apenas unos segundos más tarde, después de que alguien la señalara a voz de < ¡ahí está la bruja! > Se abalanzaron sobre ella con toda la ira de la que disponían y toda la fuerza que les quedaban. La primera patada fue en su vientre, seguido de otra en su mandíbula, mientras el resto de campesinos se acercaban a ella de manera feroz. Un diente junto a un chorro de sangre salieron disparados encharcando el suelo embarrado donde se encontraba tirada. Mientras todos le atacaban ella tan sólo pensaba en su hijo, al cual pudo mirar a los ojos por última vez, que permanecía escondido en la cueva, mientras miraba aterrado todo cuanto sucedía.

Sin miramientos, le asentaban golpes incesantes. Entre gritos de dolor y gritos de ira, Akila había quedado irreconocible, ensangrentada y cubierta de barro, llena de heridas abiertas y enormes agujeros producto de los tridentes que la habían golpeado. Aquellos que la golpeaban, se detuvieron en seco cuando el teniente y el pastor aparecieron para darle fin a la adoradora del diablo. Alguien la agarró de su pelo y la arrastró varios metros hasta ellos. Todos se apartaron y permanecieron inmóviles, observando.

Akila apenas podía moverse ni respirar. Sentía una gran impotencia siendo consciente de que su hijo escondido estaba observando lo que sucedía, sin conocimiento ni comprensión hacia ello, traumándolo de por vida. Ella intentaba reprimir su dolor, aunque en vano, pues intentaba

mantenerse con vida.

Con sus hinchados ojos pudo entrever que el pastor llevaba consigo un libro, el "Malleus maleficarum" y una cruz de plata, tallada con runas que reconocía perfectamente, pues eran aquellas que se usaban cuando querías detectar magia. En ese momento supo que no la llevarían a un injusto juicio en el pueblo donde sería condenada, sino que ya había sido sentenciada e iba a morir ahí mismo.

Ella era consciente del significado de aquel libro, pues se había corrido la voz entre diferentes congregaciones de que era el manual indispensable y la autoridad final para los inquisidores, jueces, magistrados, sacerdotes, católicos y protestantes, en la lucha contra la brujería en todo el continente europeo, donde era la fuente más fiable para abarcar los conocimientos sobre las prácticas de las brujas que creían estar relacionadas con el demonio, haciendo de guía definitiva sobre la cruzada contra éstas, mediante la tortura psicológica y física o la hoguera, siendo ese libro la justificación y el manual instructivo que había detrás de cada uno de los actos sanguinarios que se llevaban a cabo.

Akila se encontraba entre la vida y la muerte tirada en el suelo, boca abajo, tratando de luchar. Por un momento pudo articular palabra, para maldecirlos a todos y a todos los descendientes que se adentrasen en el bosque.

El pastor, con una sonrisa que denotaba auspicio, comenzó a orar sobre los deseos de Dios y continuó incesantemente mientras volvían a cogerla, esta vez para atarla de pie en aquel roble del que había salido. Aún quedaban en el camino rastros de sangre y tela de la brutal agresión que había sufrido.

La turba de campesinos trató de recolectar leña para quemarla en una hoguera, pero la reciente lluvia había empapado de toda la madera seca del lugar. Ya atada, la pincharon con los tridentes una y otra vez, cebándose con su vientre hasta que le salieron las tripas.

Finalmente, la desataron del grueso tronco para hacer una sogá con las cuerdas y dejarla colgada del árbol. La ataron de pies y manos, la subieron en lo alto para que la sogá quedase ceñida al cuello y finalmente la soltaron para oír el "clac" de su cuello roto, dejando colgado su cadáver sanguinolento, goteando agua mezclada con la sangre que no paraba de brotar de todos los orificios que le habían hecho con los tridentes, desfigurada.

El pastor, sacó un frasco de agua bendita y lo roció sobre el suelo donde se hallaba colgada Akila, para que sus maleficios fueran suprimidos y

liberados del mal por la gracia divina.

Faltaba poco para la salida del sol y los arboles comenzaron a dibujarse de nuevo a medida que la luz aparecía. Todos se fueron satisfechos con su cometido, regresando al pueblo para un nuevo día.

El cadáver de Akila permaneció colgado del árbol, dejando ver una escena terrorífica del corazón del bosque tintado del rojo de su sangre, con la presencia de un niño del que nadie se había percatado, en estado de shock por las imágenes que había visto.

Aleyster, desamparado en la inmensidad del bosque, se sintió muy triste y comenzó a llorar con fuerza. El teniente Krammer, que había sido el último en irse, oyó sus llantos a lo lejos, hecho que le llamó la atención y le obligó a retornar su camino para regresar de nuevo. Para cuando regresó, Aleyster había desobedecido a su difunta madre y había salido de la cueva y del círculo que lo protegía. El teniente lo encontró agazapado, aturdido y acurrucado en el suelo ensangrentado mientras agarraba del vestido a su madre, la bruja derrocada a la que no volvería a ver jamás.

El teniente Krammer llevaba tiempo tratando de procrear con su reciente esposa. Ambos comenzaban a oír los murmullos de sus vecinos, lo cual, podía dar indicios de que habían sido maldecidos con un acto de brujería o que uno de ellos lo era, pues no estaba bien vista la tardanza o la imposibilidad de engendrar descendencia.

Krammer y su esposa habían acudido a diferentes especialistas con la esperanza de que la bendición llegase a sus vidas, pero ambos sabían que no era posible y temían lo peor, pues la infertilidad era un castigo de Dios y el sexo era únicamente un acto reproductivo. El teniente, tras pensárselo un rato, se lo llevó consigo para mantenerlo escondido.

Con la alegría y aprobación de su esposa, decidieron mudarse a otro pueblo donde nadie les reconociera, presentando así al niño como un hijo natural, nacido del lecho en el que yacían.

Aleyster creció en un mundo humano, lejos de la brujería, las congregaciones y la sabiduría que sólo su linaje conocía, renegando de su madre biológica y siendo un católico ejemplar. Con los años, se convirtió en guardabosque, yendo allí donde era llamado para ejercer su labor.

Aleyster nunca fue enviado al bosque de Puckley Baciú, pues después de morir su madre, ocurrieron varios hechos que llenaron el bosque de supersticiones y oscuridad, cerrando la entrada de todo hombre a las profundidades del bosque, convirtiéndolo en un bosque maldito.

Finalmente, Aleyster falleció a causa de la peste negra en 1720 sin haber conocido realmente quien era, ni la magia que habitaba en el mundo o las

criaturas y los seres mágicos que habitaban el bosque en el que había vivido con la ya olvidada Akila.

El bosque de Puckley Baciú permaneció en la sabiduría popular como un lugar inaccesible para el hombre, rodeado de misterio y miedo de aquellos que alguna vez tuvieron el coraje de acercarse a sus lindes, alejando durante siglos a los que no eran bienvenidos.